

# Soledades

Clemente López Trujillo

Entre los años 1945 y 1948 escribí alrededor de 30 sonetos, que de alguna manera los llamaremos, por la forma, claro está. Conservamos su título primitivo. En pasando el tiempo (¿lo habré logrado?) he querido salvar del naufragio fatal y necesario, estos cuatro que ahora se publican y que aparecieron, con otros poemas, en el Suplemento Dominical del diario *Novedades de México*, correspondiente al domingo 13 de junio de 1948. Se han cambiado algunas palabras, y nada más.— C.L.T. ("Breve historia de mi soledad" *Juzgue* Núm. 5, julio 15 de 1973. p. 49.)

I

En ti se mueve este fervor y elevo  
la verdadera soledad del nido.  
Amor de amar: morir por lo vivido.  
Sólo por ti, sólo por ti me atrevo.

Nacer y renacer: volver de nuevo  
a esta llama de amor estremecido.  
Quemarme en ella y despertar dormido  
soñando en vida lo que en muerte llevo.

Lléname, soledad; mi angustia calma  
hasta caer en ti todas las horas.  
¡La verdadera soledad: el alma!

Mírame descender —¡nadie lo advierte—,  
Mirame descender por las sonoras  
soledades del fuego y de la muerte.

II

Exprimo mi dolor para quererte,  
oh, soledad, con íntima entereza,  
y oigo crecer del alma la tristeza  
más allá del deseo de obtenerte.

Solo, por detenerme y detenerte  
estoy crucificado en mi corteza,  
encima de la sangre, donde empieza.  
¡La verdadera soledad: la muerte!

Vienes a mí como una lluvia fina,  
mortal y silenciosa en la mirada  
de Dios amanecido en la retina.

Y entras en mí con luminoso empeño  
por cristales de sombra acuchillada.  
¡La verdadera soledad: el sueño!

III

En mí pones pasión, la silenciosa,  
la que nadie conoce ni adivina  
sino sólo este árbol que camina  
y aquella flor donde el color reposa.

Danza la voz del pájaro armoniosa,  
ríe el agua cristal por cristalina  
y el paisaje en la fruta se examina.  
¡La verdadera soledad: la rosa!

Mi amor está por siempre convencido  
de que no es otra la pasión del sueño  
hasta el misterio del clavel herido.

Y así vivo con dulce desencanto  
por mi muerte sangrándome en el leño  
de Cristo solo en soledad y llanto.

IV

Porque estoy solo con mi voz en esta  
madurez de la fruta conmovida,  
busco en ti, ruboroso, la escondida  
música del color en cada orquesta.

Si estoy contigo es por estar de fiesta  
mortalmente en meollo de la vida;  
y estar en ti por esta voz perdido  
abre un sitio en mi entraña su respuesta.

Estoy en ti maduro y me rehuyes  
más allá del coloquio de las losas,  
donde se alza mi sangre a la que afluyes.

¡Y nada más! Un vértigo divino  
estremece la rama, y por las rosas  
se adivina tu rostro en el camino.



Clemente López Trujillo en la  
biblioteca del Palacio Cantón,  
*ca.* 1960.